

Prólogo

Es un lugar común considerar a la poesía como un género literario más relacionado con la juventud creadora que la narrativa o el teatro, por más que con los años la madurez de los autores pueda facilitar obras más sólidas, redondas. José Ramón San Juan publica su primer poemario con más de sesenta y cinco años. Quien no le conociese y leyera la fecha de su nacimiento en la solapa del libro podría pensar que se trata de un poeta tardío y secreto. Alguien quien llegado a la edad de la jubilación ocupa su tiempo de ocio recuperado escribiendo poemas. Nadie más equivocado que quien así piense.

Moncho, como le conocemos sus amigos desde hace muchos años —desde principios de los setenta en mi caso—, tiene una intensa relación con la literatura iniciada desde el momento en el que decidió que quería dedicarse profesionalmente al periodismo, probablemente influido sin ser muy consciente de ello, por su padre, Ramón San Juan, director de *El Diario Montañés* varios años, periódico en el que luego trabajaría, tras colaborar en *Informaciones y Blanco y Negro*.

Su actividad periodística estuvo siempre muy vinculada a la cultura. En el mencionado diario creó un suplemento cultural a mediados de los setenta, probablemente contra viento y marea, tratando de convencer a los editores del interés que tenían aquellas dos páginas en unos tiempos convulsos de cambios culturales e ideológicos, y que supuso un escaparate para la cultura que se vivió en España en los años de la Transición Democrática. Cine, música, arte, novela, poesía, teatro; nuevas expresiones y lenguajes creativos tuvieron su ventana en las páginas del *David*, título del suplemento, que aparecía los sábados. Y siempre atendiendo

a los creadores emergentes de Cantabria, quienes publicaron en él sus primeros artículos, poemas o ensayos. Nombres hoy con una importante trayectoria cultural en nuestra comunidad.

Sus comienzos como creador surgen en el ámbito de la música pop en los años sesenta, en la adolescencia, formando parte de dos grupos. Pero es durante los años de estudios de periodismo en Madrid cuando descubre la canción de autor con una serie de nombres verdaderos referentes en aquellos años: Raimon y Serrat entre los españoles, Bob Dylan, Joan Baez y Pete Seeger, entre los *folk* norteamericanos, el argentino Atahualpa Yupanqui y, sobre todo, la canción francesa representada por Jacques Brel. Sus composiciones musicales estarían muy influidas por estos cantantes.

Paralelamente da a conocer sus primeros poemas en la revista *Peña Labra*. Aparecerían en la primavera de 1972, primavera y otoño de 1973, otoño de 1975, e inviernos de 1981 / 1982 y 1985 / 1986. Por otro lado, en 1979, el autor de este prólogo prepara la antología *Poetas de Cantabria, hoy*, en la que incluyo cuatro poemas suyos.

A partir de ese momento poco hemos conocido del José Ramón San Juan estrictamente poeta. Acentuó su interés por la música formando parte del colectivo *Cantera*. Conocimos sus canciones en ediciones colectivas o individuales, *Tierra de nadie*, con algunas actuaciones en los pocos espacios que dedicaban una atención a este minoritario género musical. Sus textos escritos para ser cantados acompañados por su guitarra reflejaban su ámbito de preocupación temático, pero no estaban concebidos como poemas.

Dos proyectos literarios con la editorial *El Desvelo* nos devuelven su dimensión pública relacionada con la literatura. En 2011 publica cinco relatos bajo el título *Un fracaso ineludible*. En 2013, traduce la novela de Claire de Duras *Oliver o el secreto*. Lógicamente con tal motivo fuimos muchos los que, con la agradable sorpresa de sus cuentos, le preguntamos si tenía la poesía abandonada o seguía escribiéndola. Nos decía que sí, que estaba escribiendo y que tenía que revisar todo pensando en una posible

publicación. Javier Fernández Rubio ha insistido lo suficiente, le ha urgido, convenciéndole finalmente para que le entregase los poemas que constituyen el libro que ahora tiene el lector en sus manos.

Lo primero que hay que destacar de este libro es que ha sido publicado, como queda dicho anteriormente, sin prisa, cuando al fin se ha decidido Moncho después de un proceso de revisión y convencimiento de hacerlo llegar a los lectores. No hay la ansiedad o precipitación propia de los poetas jóvenes sino todo lo contrario: la madurez y la perspectiva que conceden los años de militancia en la poesía, como lector y como autor.

Con el título *Quebrantología* quiere aludir a «Quebrantos, daños y pérdidas, más también desaliento y aflicción». Juega con las palabras y hace referencia asimismo a dos conceptos: quebrar y antología, uniéndolos en una única palabra. Quebrar como algo que se rompe, que se convierte en inservible: en su caso, lo que a todos nos ha pasado alguna vez, la disolución en la memoria del ordenador del material poético guardado para trabajar con él pensando en una posible publicación. Y antología, como selección poética personal. Tras el disgusto inicial, retomó el proyecto, recuperó materiales de los archivos convencionales sobre papel y, añadiendo una selección de lo escrito entre 2009 y 2014, conformó este libro, su primer poemario impreso.

Quebrantología está constituido por cinco libros presentados de un modo inverso al orden en el que fueron escritos. Por eso comienza con *Vértigo y Llama*, el último escrito. El libro está claramente dentro del territorio de las pérdidas al que hacía referencia anteriormente. La pérdida del amor le sume al poeta en la desolación. Es vivido como un fracaso que le llevará encadenados otros más: «Perderte fue un fracaso, / el primero / de una lista dolorosa que redundo / en cadena / de soledad / perpetua». Se quiere volver a lo vivido, regresar a los lugares y los momentos que propiciaron la felicidad, pero eso no es posible. Mejor el olvido. Ella, el amor, fue una estrella fugaz. ¿Lo es siempre? El tiempo

desgasta la pasión, la ternura puede sustituirla: «Eso nunca bastará, pero consuela». Queda la posibilidad de la escritura, como un vicio solitario, como una necesidad, un impulso: «Escribir, me digo, sí. ¿Para qué / y sobre todo para quién? ¿A quién / le importa lo que tenga que decir?». Y se responde: «Esta es mi forma de ser: solitario / y en lo posible solidario». Mas siguen las dudas: «Finalmente me pregunto por qué me molesto / en escribir palabras que nunca leerás. / ¿Escéptico, idealista, posibilista, utópico? / ¡Un lamentable necio, nada más!». Incluye un poema dedicado a su madre, una de las pérdidas más dolorosas de las personas, de una honda emoción.

El segundo libro, *La ardiente paciencia*, comienza con el poema titulado *Propósito*, a modo de declaración de principios: «He escrito pensando en mí y en todos, / considerando pasado y presente, / y enfrentando un futuro que miente / cuando niega que vuelve a viejos modos». Los poemas incluidos tienen una intención de denuncia, aluden a situaciones sociales consecuencia del tiempo de crisis de valores y corrupción que estamos viviendo. Tiempo de desesperanza, de ambición de usureros sin escrúpulos, de perdedores trágicos como Juan Álvarez que se suicida ante el lanzamiento de un juez. No hay salida, afirma el poeta, ante el acoso de mentiras y mercados. Pero ante esa humillación, pide salir a la calle, no encerrarse en el silencio y la resignación, porque en el futuro quizá «Quienes nos sucedan escupirán / en nuestras tumbas un día su desprecio / y la historia sólo dirá en un negro futuro / que en nuestra época se enterró el sueño». Porque somos dados a olvidar la lecciones que nos proporciona la historia: «Se dice que la historia es maestra de la vida / y así debería ser, / pero el género humano sus lecciones olvida». Hermosos poemas dedicados a la muerte de Machado en *Último crepúsculo en Colliure*, al carácter autodestructivo de los españoles en *Morbo español*, concluyendo esta parte con poemas tan descorazonadores como *Panorámica*, donde escribe: «Todo lo que amé se va diluyendo / como la sangre en el agua / y finalmente

se extingue», «Ahora que somos más memoria que esperanza / la ira vence a la conciliación».

Memoria de Sileras es la tercera parte del libro. En él Moncho recupera la memoria de la infancia en Sileras, metáfora de todos los espacio del recuerdo de los días sin tiempo del verano, las tardes de lluvia en casa mirando tras los cristales, la alegría inocente junto a la naturaleza, la ternura al lado de los animales domésticos y la crueldad sobre ellos de los mayores, los sueños rotos que se van dibujando en la mente del niño, el primer amor imposible, la grisura de las paredes de la sala de estudio o el fondo negro de los ensotanos vigilantes, porque «Toda infancia se halla siempre / en libertad vigilada».

A partir del dolor reúne los poemas que aparecieron en *Peña Labra* y *Poetas de Cantabria, hoy*. Al estar publicados, se salvaron de los desagües del ordenador. En ellos muestra su lado comprometido y solidario. Al poeta le pide salir a la calle: «Mírate en el espejo de este mundo», por más que el mirar le haga sentir la desesperanza: «Nos sé perdidos, / trémulamente huidos / de nosotros / hacia falsas sonrisas / de arena y mecanismos / terribles». Pero en *Mediodía* insiste: «Hermanos: mi palabra es vuestra; / vosotros sois su camino». Porque al escribir también se descubre a sí mismo: «Mi vocación es interpretaros / en los más sutiles signos / y descubrirlos para descubrirme, / para amarme, para amaros / a través de este dolor / que os suplico que aceptéis». Hay un intento de búsqueda de la verdad, «en el alma humana», «en el absurdo», oculta y oscurecida en «clausuras, / serpentines, / tiovivos, / fórmulas, / banderas, / uniformes, / cabezas, / cajas fuertes». Son poemas de un enorme escepticismo que remiten al contexto social en que fueron escritos, por más que los tiempos actuales no hayan mejorado mucho en una dirección más optimista de la vida. Por eso escribe: «Soy un exilado / asilado en sí mismo, / aislado / del podrido carnaval / en el que hozan / mis amigos-enemigos, / mis otros yo».

Camino adentro es la última parte de *Quebrantología* y el primer libro en el que José Ramón reconoce una voz propia. En él apuntan ya los temas que desarrollará en *A partir del dolor*. La falsa moralidad, las verdades a medias, los sueños incumplidos por cobardía, la envidia... De nuevo se pregunta por el valor de la palabra, la suya y la función que puede cumplir: «Mis palabras, / mis postes de apuntalar niebla, / ¿para qué sirven? / ¿Adónde van mis palabras / después de salir de mí?». Sin embargo, la respuesta es clara: «¿Cómo vivir callando?». Nos queda la palabra, se dirá, porque se considera «una orgullosa partícula / del universo infinito», «un grito de eternidad abortada». Cierra el libro un irónico poema que condensa la carga de escepticismo en el hombre: «Nada bueno hay que esperar / del más feroz animal / tal cual es ante un espejo».

La publicación de este intenso poemario supone para José Ramón San Juan la recuperación de una asignatura pendiente en su trayectoria creativa, al mismo tiempo que satisface una deuda contraída con sus incondicionales amigos que le habíamos preguntado tantas veces por sus poemas. Pese al tiempo transcurrido desde que fueron escritos algunos de ellos, su mirada desesperanzada, su escepticismo sobre el hombre en medio de una sociedad competitiva y cruel, indiferente a los pequeños dramas humanos, tiene absoluta vigencia. Su voz acusadora en medio del ruido confirma que la palabra del poeta seguirá estando presente en los tiempos oscuros para dar testimonio de lo que ve y siente y seguirá siendo solidaria con los perdedores. También para mantener viva la memoria personal, reflexionar con la palabra y tratar de conocerse más. Mucho me gustaría como lector agradecido que su próxima entrega poética no se demorase mucho. El buen sabor de boca que deja esta antología pide continuidad. Espero que la buena acogida que a buen seguro tendrá entre los lectores le estimule para continuar.

Luis Alberto Salcines

Vértigo y llama

*La mirada interior se despliega y un mundo
de vértigo y llama nace bajo la frente del que sueña.*

Octavio Paz. *El cántaro roto*

ESPEJISMO

Cual la luz de una estrella
que, a millones
de años luz, ya ha perecido
solemos ver los humanos
luminarias
invigentes, siderales
ilusiones,
luces que no son, que tal vez
nunca han sido,
ni tienen ni tuvieron
el fulgor que les prestamos:
hipnóticos espejismos.
El amor, el mayor de ellos.

CICATRIZ

Perderte fue una herida que nunca
me abandona.

Ya no me duele ni sangra,
pero sé
que ahí sigue, como una cicatriz
de mi infancia azarosa
en la rodilla;
como una alevosa gota que cayera
del alero
tras la lluvia.

Perderte fue un fracaso,
el primero
de una lista dolorosa que redunda
en cadena
de soledad
perpetua:
un destierro interior del sentimiento
que marca mi distancia
con todo
lo que otrora pareció posible.

Perderte fue una herida sin duda inevitable.

Todo se pierde, nada permanece.

Lo eterno no es más

que un conjunto vacío.

Sólo a sí mismo ama el amor,

reflexivamente;

pero es bueno recordar

que saberlo no evita el espejismo.

UN SUEÑO

Se me negó el amor sin expreso rechazo.
No me dijo ni adiós ni no te quiero.
Simplemente se fue un día, eso fue todo.
Se terminó como se acaba un sueño.
Y un sueño fue, que, mientras lo soñaba,
creí a pies juntillas, pobre necio.

Si existe el amor está soñándose, en su centro.
Sólo se reconoce a sí mismo por la fe
que es capaz de poner en quien lo causa,
a suerte o muerte, a cara o cruz, sin red.

Tal vez valga la pena el vuelo a veces,
pero cuanto más se ensaya menor es el riesgo,
como la esperanza, pues es menos la confianza;
y eso ya no es amor. Eso es un juego.

RINCÓN INTACTO

Es inútil volver a los lugares
donde antaño el amor halló escenario.
Ha perdido su brillo la mirada
y, en la bruma de la melancolía,
ya la pasión es un recuerdo vago.

¿A qué torturarse rememorando
lo que tiempo y distancia desmentían?
Si hubiera sido amor hoy duraría.
Si no sobrevivió fue imaginario.

Al menos eso es lo que di en pensar
de paso ante un viejo rincón intacto
de esta ciudad ayuna de calor
por la que en ocasiones aún divago.

Tras un adiós amor no sobrevive.
Es torpeza volver al escenario
y aún peor regresar a la persona.
La muerte exige tierra, olvido pide.

LO QUE PERDURA

No me entregues pasión si tú no quieres,
si no sabes
o no puedes.

Y sobre todo, no intentes fingirla.
Inimitables
son el fuego, el fulgor en la mirada,
el vértigo ardiente de la sangre.

No me entregues, pues, pasión.
Dame ternura.

Eso nunca bastará, pero consuela.
Abandona sobre mí
tu cabeza,
toma mi mano.
Caminemos,
mi brazo en tus hombros,
el tuyo en mi cintura,
hacia cuando no éramos
o sólo no sabíamos
que el amor más que certeza
es duda;
que la pasión se extingue;
que tal vez sólo perdura
—tras la tortura del tiempo—
cálida, pálida, suave
y asexuada, la ternura.